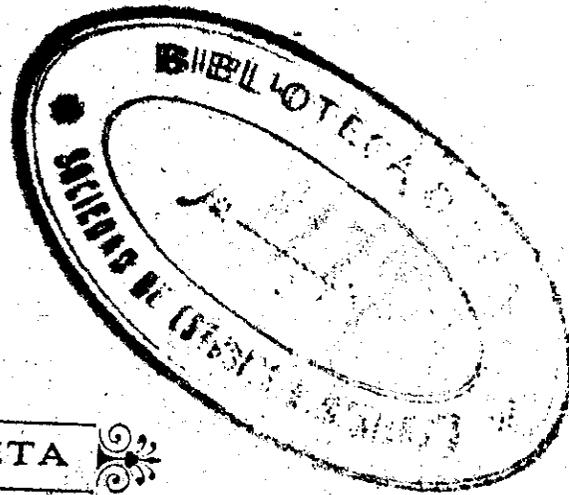


34-8-913

ALF5-5

J. DE ALCÁNTARA FUENTES

HOJARASCA



PRECIO UNA PESETA

ALMERÍA.—1897.

TIP. DEL COMERCIO.



A MI AMIGO DEL ALMA

DIEGO SOLER FLORES



Estimado Diego: Si no fuera por el entrañable cariño que siempre me tuviste, yo no me atrevería à dedicarte este libro, que ni es libro ni es nada.

Sirva tu estimación de disculpa á mi atrevimiento y acoge con la indulgencia que acostumbras, este desahogo literario, cuyo principal mérito consiste en ostentar al comienzo, tu nombre respetado y querido por

EL AUTOR.

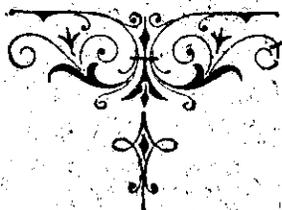




INTROITO, PREFACIO, DISCULPA Ó COMO SE QUIERA.

Si señor me atreví; tambien los cortos
de génio suelen dar pruebas fehacientes
á los que sus hazañas ven absortos,
de que pueden un dia ser valientes
y achicar si se tercia, á los varones
de las generaciones
pasadas y presentes.
¡Si señor me atreví! ¡Pués bueno fuera
que yo no me atreviera,
viendo que tantos otros se atrevieron,
y lo que persiguieran consiguieron!
Por eso mismo ahora
á romper mis escrúpulos me arrojo,
y cogiendo la pluma pecadora,
aunque luego el lector me ponga rojo,
le *largo* este tomito
para el que sus bondades solicito.
Ya sé que muchos vates,
escribieron por tomos los dislates:
más si bien disparates escribieron,

me consta que vendieron
á precio colosal sus disparates.
¡Y he de ser menos yo, que del mañana
fijos siempre los ojos en la meta,
desde la edad temprana
sentime con los pujos de poeta?
¿He de matar en flor este ardimiento
y habré de asemejarme á los cartujos?
¡jamás! y por si acaso me arrepiento,
dejar quiero editados estos *pujos*.
Lo que encuentres en ellos detestable
que será todo en suma,
júzguelo tu criterio, perdonable;
muéstrate generoso é indulgente,
que yo te los presento francamente
tal y como han salido de mi pluma.
Con noble fin y aunque la mezcla es sosa,
he mezclado en el libro verso y prosa,
pues nuestro así, con gusto tan diverso,
que soy tan malo en prosa como en verso.
Y basta yá de exordio que me atasca,
por que nada disculpa mi osadía;
entre tus manos dejo mi HOJARASCA
perdona tú á su autor, lectora mía.





Pequeñas

Cuando alguna amargura de la vida
hace presa en mi pecho
y me llena de lágrimas los ojos
poblando de negruras mi cerebro,
pienso en ti y en tu amor que sois mi vida;
miro tus ojos negros,
y vuelven, como el sol vuelve á los campos
cada mañana en su destino cierto,
mis ojos á secarse,
la alegre calma á mi abatido pecho.



No ames á las mujeres que no lloran
aunque parezcan hadas;
las lágrimas, del alma son rocío
que dan calor y vida á la esperanza,
y quien no llora, es por que tiene seca
ó endurecida el alma.



¿Me dices que porqué, cuando te miro,
me pongo tembloroso,
y se crispan mis manos y me abismo
fijándome en tu ojos?
Preguntale á la fiera,
por que del domador ante el arrojó,
cobarde y humillada, vá á ocultarse
de la jáula en el fondo.



He soñado una vez que temerías...
y... ¡no quiero pensarlo!
He sentido un horror tan espantoso,
un dolor tan profundo y tan extraño, ..
que he reído; reído como un loco,
porque para llorar, no encontré llanto.



Me sucede una cosa bien extraña
y contártela quiero.
Me dá rábia mirarte tan hermosa;
y aunque sea locura sin ejemplo,
prefiero amarte fea,
á vivir condenado á ese tormento,
de ver como te miran otros ojos
con miradas de amor y de deseos.



Que mienten los poetas aseguras,
sin duda por que alguno te ha mentido
á mi me han engañado mil mujeres
y creo sin embargo en tu cariño.

*
* *

¿Te amaba? no lo sé; pero es segur
que algo habia en tu sér que ya era mio
cuando despues de interminable ausen
en acercarnos se empeñó el destino,
y al verte nuevamente, parecióme
que desde que nació te había querido.

*
* *

¿Que quise á otra mujer? te lo perdono,
por que demuestras no saber que es eso;
cariño solo hay uno en nuestra vida
y es el que á mi me toca el que te tengo.

*
* *

Me has dicho que me quieres, y he créido
á través de tus ojos ver el cielo;
hoy has mirado á otro y he notado
detrás de tus pupilas un infierno.

*
* *

Me dá vergüenza ser como estoy siendo,
pero ser como soy me era preciso;
tenía sed de amor... y he cangeado
mi eterna libertad por tu cariño.



Yo te amé con locura y sin embargo
me hiciste un daño horrible.
Hoy sé que estás casada y tienes hijos...
¡que Dios que vió tu crimen,
haga que te ame como yo te amaba
ese hombre que os hace tan felices,
y olvidando el dolor que me causaste
ni en él, ni en vuestros hijos te castigue.



Pasa en amor lo que en la guerra pasa:
Cuanto más ardimiento se demuestra,
es mayor el peligro,
y más lejos está la recompensa.



No te fíes jamás de las mujeres
que nunca te demuestran su cariño;
el verdadero amor sale á los labios
aunque quiera tenérsele escondido.



Un amigo perdí que me quería
y al llevarle á enterrar al cementerio,
otro amigo tocándome en la espalda
dijo en tono burlesco;
—Ese bobo creía en las virtudes
y por eso se ha muerto.



Si alguna vez la pena te acobarda,
hazte fuerte y soporta tu destino;
el valor verdadero de los hombres,
consiste en practicar el estoicismo.



Cuando escuches decir de las mujeres,
que *todas son muy malas*,
acuérdate de que tuviste madre,
y que *debió* ser santa.

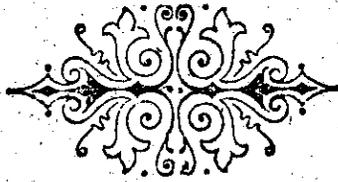


Ya sé que me criticas, mas no importa;
tan bajo eres de alma,
que al pasar por tus lábios mi apellido
lo retienes con ansia,

por que encuentras en el, mal que te pese,
una porción de cosas que te faltan.



Sin celos y zozobras y despecho,
no hay cariño que arraigue en nuestro pecho.





TRES RUEGOS

A mi querido amigo Francisco Villaespesa Martin

Mirando á la virgen
dijiste llorando.

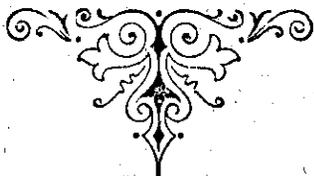
—¡Madre mía! ¡yo quiero morirme
mejor que olvidarlo!

Un año hace de esto,
y hoy sé que le has dicho.

—¡Madre mía! ¡que olvide ese hombre
que yo le he querido!

Y yo de rodillas,
le pido á la imagen.

—¡Madre mia! ¡castiga á esa ingrata
que quiso engañarte.





ORIENTAL.

(DE VICTOR HUGO.)

Duerme el sultán sobre la blanda pluma
de ricos almohadones de la Persia,
y en el seno turgente y nacarado
de hermosa *favorita*, la cabeza
posada tiene en lánguido abandono,
y entre tanto la tosca caballera,
por la mano de nieve de la esclava
enamorado acariciar se deja.

Duerme; sobre sus párpados cerrados
se vé una contracción de rabia fiera;
sueña, ¿y qué sueña? sólo *Alhá* lo sabe;
se agita convulsiva su cabeza
y de entre sus pestañas como el ébano
se desprende una lágrima que rueda
surcando silenciosa su megilla,
y su tibio contacto le despierta.

—¡Qué te sucede, poderoso dueño?
¿Quizá te ha despertado mi torpéza?...
¿mi mano no ha sabido acariciarte?
¿te ha dado pocos besos, dí, contesta.

y reciba el castigo de mi culpa;
esta, noble señor, es mi cabeza—
E inclinando su frente de alabastro
los negros ojos prodigando perlas,
transida de dolor y temerosa,
la bella mora confesó su pena.
—¡Véte y déjame en paz, no es tu cariño
la causa del furor que me despierta;
no es falta de caricias que me sobran
la falta que mis ojos te revelan;
Es... que soñé que un miserable *eunuco*,
dió muerte á la mejor de mis panteras.





A la Sra. D.^a Ana J. Soler de Soler

MI BELLA Y RESPETABLE AMIGA.

En el hogar bendito donde moras,
la luz de tus virtudes se refleja,
como del lago en la serena linfa
la luz solar se quiebra,
multiplicando el oro de sus rayos
en cascadas espléndidas
de chispas de brillantes,
que al sol de donde nacen se asemejan.
Eres feliz, lo sé; derecho á serlo
te daban tu bondad y tu belleza,
y el cielo generoso
pródigo en concederte cuanto anhelas,
puso en tí ese cariño, al que tu esposo
llama dicha suprema.
¡Que siempre así felices yo os contemple!
que halleis el paraiso aquí en la tierra,
y que bendiga Dios, dándole *fruto* ,
ese infinito amor que os enagena.





La Virgen de las huertas

Dígase lo que se diga,
es lo cierto que en España
no existe imagen, que sea
con más fervor venerada,
que nuestra virgen del Cármen,
virgen morena y simpática,
que lleva el cielo en los ojos
y al cielo lleva las almas.
Si no fuera irreverencia,
diría, que es por su cara
la *huertanica* graciosa,
una andaluza de raza
con la gracia de la tierra
que por su reina la aclama.
Reina sí, de Andalucía
es mi Virgen adorada;
y como es de todo Reina,
Reina es también de mi alma.
Al cabo de muchos años
la ví ayer sobre sus andas
recubierta de jazminez
y bordados de oro y plata,
y al verla otra vez de frente,

pareció que me miraba
diciéndome. «Se hijo mio
que no fuí de tí olvidada;
sé que me quieres y sé
que en tus angustias pasadas
volvistes à mi los ojos
desde tierras muy lejanas.
Yo acudí pronto á tu ruego
y premiando tu constancia
con el amor de una madre,
te hice feliz en tu pátria.»
Eso es cierto, Virgen mía;
entre mis penas amargas,
no te olvidè ni un instante,
y sostenida y guiada
por tí, mi fé, llegué al puerto
tras de la fiera borrasca.
Por eso, cuando ayer tarde,
te ví otra vez en tus andas,
recubiertas de jazmines
y bordados de oro y plata,
tan inefable alegría
dejó mi mente embargada,
que no pude ni decirte
mirando tu hermosa cara
absorto; ¡bendita seas!
huertanica de mi alma.





DE CUBA!

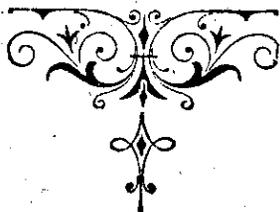
De Cuba, madre del alma;
no llores, de Cuba vengo.
De Cuba, donde mi sangre
derroché sin regateo;
donde aventuré la vida
con indiferencia, un ciento
de veces cada minuto
sin saber lo que era miedo;
de donde perdí esta pierna
y este brazo y este dedo,
y el color de mis mejillas
y la salud de mi cuerpo,
y la esperanza de ser
ahora tu sostenimiento;
donde lo he perdido todo,
¡madre mía! ¡todo entero!
¡hasta ese pan, del que tu,
careciste tanto tiempo!
por que no puedo ganarle
ni de limosna le quiero.
Vengo de Cuba; de Cuba
donde es purísimo el cielo

y el sol agota las fuerzas
y la brisa es un veneno,
y está la muerte escondida
tras de sus bosques inmensos.
De Cuba, madre del alma;
no llores, de Cuba vengo.

Cuando después de la lucha
casi expirante, en el suelo
ensangrentado yacia,
confundido entre los muertos,
al recobrar la memoria
me asaltaba tu recuerdo,
y lloraba madre mía;
lloraba como un chicuelo
al pensar que estabas sola,
sín hijo;, y era mi empeño
sanar pronto y combatir
nuevamente con denuedo,
para que luego la pátria
al ver mi comportamiento,
premiára mis sacrificios
y dedicarte ese premio.
Pero ya ves pobre vieja:
no se han cumplido mis sueños;
vuelvo inútil, más que inútil,
pobre, escuálido y enfermo...
En lugar de yo cuidarte,
á que tu me cuides vuelvo;
que aunque es la pátria una madre,
no le dá á todos su afecto,

y para mi ha sido ingrata.
Solo me quedan tus besos:
¡tú si que no se los niegas
al pobre soldado enfermo!

• • • • •
¿De donde tornó á tus brazos
pobre, cojo, manco y ciego?
¡De Cuba, madre del alma!
¡no llores! ¡de Cuba vengo!





¡AL TREN... SEÑORES!...

Ha sonado la última campanada.

El conductor con un pié en el estribo, del *furgón de cabeza* y el pito entre los labios, aguarda la señal del jefe, que en pié á la puerta de la oficina, teniendo á la izquierda la *hoja de ruta* y en la derecha la campanilla precursora de la partida, mira el tropel de viajeros que corren de acá para allá abriendo y cerrando con estrépito las portezuelas para buscar el coche vacío ó la disputada ventanilla.

En el espacioso andén, los que se quedan comienzan á grito herido el catálogo interminable de las despedidas y de los encargos fastidiosos.

—¡Qué escribas!

—¡Qué te abrigues bien!

—¡Qué tengas mucho cuidado con el niño!...

—¡Que no comas mucha *butifarra* que sabes que siempre te hace mal, Sinforoso!

—¡Qué no saques la cabeza por la ventanilla!...

—¡Adios!...

—¡Adios!...

El anhelado campanillazo suena poniendo

término á tanta majadería. El conductór toca el pito y la máquina después de atronar el espacio con su silbido de serpiente, lanza el primer resoplido, poniendo en movimiento sus músculos de acero.

Todavía se repite por última vez el chaparrón de recomendaciones. Y mientras el tren se desliza lenta y majestuosamente por las paralelas de hierro; y en tanto que la máquina respira por los purgadores el humeante vapor de que vá repleta, como si fuera el sudor de un gigante que hace el último esfuerzo, por todas las ventanillas asoman multitud de pañuelos blancos, como bandada de palomas que persiguieran al monstruo, llevándole el último adiós de los que se quedan.





A MI ESTIMADO AMIGO Y COMPAÑERO
Ramon Blasco Segado



Cuando al llegar al puerto
oi sonar del vapor el ronco pito,
no sé que era soñar ni estar despierto;
sólo sé que dí un grito,
y subiendo al vapor maquinalmente
sentí rodar un caos por mi frente.
Luego, correr como la cierva herida
dejando á popa mi ciudad querida;
y al áspero sonar de la cadena
en la tersa cubierta recogida,
advertí con el alma enternecida
brotar mi llanto y aumentar mi pena.
Luego, no sé por qué razón extraña,
á través de la bruma,
cuanto más me alejaba
más á mí tu recuerdo se acercaba;
y en cada ola de flotante espuma
que en blando movimiento
hácia tus playas á espirar corría,

y en cada onda de apacible viento,
te mandaba un suspiro ¡pátria mía!

.....

Luego el vapor en su veloz carrera,
perdiéndose en la línea imperceptible
del lejano horizonte,
te hacía cada vez más invisible.
Y al ver como borrábase allá lejos
entre las sombras de la bruma obscura,
de tus torres la esbelta gallardía
y de tus casas la sin par blancura,
volviendo el rostro al sol que se ocultaba
en un triste sudario de reflejos
violáceos y rojos,
sentí mi soledad aterradora,
y enjugando una lágrima traidora
que ardorosa al brotar quemó mis ojos,
con el alma transida de agonía
le dí el postrer adiós á mi Almería.

.....

No más soñar ¡á qué! ya pasó todo;
dulces noches de luna, esplendorosas,
las de mi Andalucía;
rejas donde el amor de las hermosas
en sombras misteriosas
cuajadas de poesía,
tiene por confidentes de sus penas,
macetas de claveles y de rosas
y ramas de jazmines y azucenas.

.....

¡Olvidarte, Almería! ¿quien te olvida?

¿quien no guarda de ti grata memoria,
si encierras el secreto de la vida
y pareces remedo de la gloria?
¡Olvidar! cual si fuera fácil cosa
sultana prodigiosa,
no acordarse segundo por segundo
de aquel edén del mundo,
donde el amor con infinito anhelo,
inmensidad recibe de su cielo,
del sol su ardiente fuego y sus rubores,
gentileza y bravura de su suelo
y perfumes y vida de sus flores.





A Fermín Gil de Aincildegui.

Sobre si debías ó nó
ser rey, consultaba yó
al Director de *La Ola*
y á Aquino, y me respondió
La República Española.

Yo aludí á J. Garcia
noble escritor de A'mería
de reconocidos dotes,
no creyendo que *hablaría*
«*Perico el de los Palotes.*

Más si *Pepe* en él delega,
y á su criterio se entrega,
sea *Perico* bien venido;
que en la artística *refriega*
tendrá un lugar distinguido.

Uno solo respondió
cuando yo á dos consulté:
no es bastante un voto nó,
más yá que *Perico* habló
con él me contentaré.

El porqué Paco enmudece
y á tu talento no ofrece
su opinión siempre sensata,
no lo sé, más me parece
que es el amor quien le ata.

El amor, niño vendado,
que á más de travieso, osado
hizo en su espíritu presa
y al arte se lo ha robado.
¡Paquito, chúpate esa!

Y en fin, querido Fermín;
como igual que aquí, en Pekin,
han de darme la razón
á la postre y á la fin,
ahí vá mi pobre opinión

de cuál es la gerarquía
que tu ingenio se merece
dentro y fuera de Almeria,
ya que otros génios parece
que discute tu valía.

El Unico Presidente
te llama *el de los palotes*
que es demócrata ferviente;
pero es preciso que anotes
que eso es poco *mayormente*.

Ser Presidente ¡ay de mí!

no supone nada, aquí
donde hay tantos que lo son.
Mas de un Presidente ví
digno de ser un melón

Por eso creí necesario
aquello del *cuestionario*
que nos sirviera de ley.
No importa que *reaccionario*
me llamen, yo voto un rey.

Pero un rey que honre la clase
y que de guapo se pase;
digno en fin de la poesía,
y que á más se contentase
con reinar sin *monarquía*.

De esta manera, tu grey
armonizaba en la ley
los dos votos emitidos;
y así, ni teníamos *Rey*
ni estábamos *presididos*.

Aunque yo jamás creí
que se me negara aquí
una cosa tan sencilla,
cuando coronado ví
á nuestro inmortal Zorrilla.

Y si á aquel lo coronaron
y rey del arte le hicieron,

¿es por que se equivocaron
los que tal cosa pensaron
y en práctica la pusieron?...

¿Porqué allí solemnemente
en lugar de rey poeta,
no le hicieron Presidente?
¿Hay de esto algun precedente
y la ley no se respeta?

No en verdad; á mi memoria
nada le dice la historia
sobre asunto tan complejo;
coronar para dar gloria,
es procedimiento viejo.

Insisto pues y me afano
en que seas soberano
por lo menos de Almería,
y si Aquino *echa una mano*
te coronó el mejor día.

Que tu modestia no ceje;
la *reacción* te protege
y hoy vale la *reacción*.
Dí á tu *corte* que me deje
y hago la coronación.





¡SIEMPRE IGUAL!

A mi amigo de la infancia Francisco Garcia Langle

¡Venga aguardiente, venga, que en su fuego
quiero abrasar las penas que me ahogan!
perturbe mi razón la borrachera,
que la razón serena es una horca
donde está la alegría ajusticiada;
rebozen de licor las limpias copas;
surja del vaso, en perlas y en espuma
esa alegría delirante y loca
que huye ante mí, como la cierva herida
huye de los lebreles que le acosan.

¡Tristeza inseparable!
¡nostálgico vivir, funestas sombras!
¡desvanecéos ya; que se iluminen
con un rayo de sol mis tristes horas!
No más á mi razón traiga la lucha
sus negruras odiosas;
quiero vivir y disfrutar del mundo
y reir y cantar con los que gozan;
resucitar con risas y canciones
y algazaras y broma,

este muerto, que llevo sobre el alma
y me hiela la sangre gota á gota.

Hermosas de la tierra!

las que en los ojos reflejais la gloria;
venid todas; así; miradme siempre...

¿Pero estais catalépticas, ò idiotas?

¡De vuestros ojos yertos y apagados
ya ni una chispa de cariño brota?

¿Ya no sabeis mirar? Por vuestras venas
acaso no circula sangre roja?...

¿Es el amor así, con que brindáis?

¡No sabeis otra cosa?

¡Amor! ¡amor! locura sin objeto,
infierno de la vida, flor sin hojas,

¡Huid de mi lado, huid, diosas de nieve!
pues que amor no sentís, ¡id en buen hora!
para vivir helado en vuestros brazos,
mejor vuelvo á mis sombras...

¡Venga aguardiente, venga! en el se ahoguen
mis agonías y mis penas todas:
solo estando borracho, cobra vida
por causas misteriosas,
aquella muerta que enterré en mi alma
y que viene á besarme á todas horas.



¿Y de que escribiré yo?... de... ¡que nó! ¡eá! no se me ocurre ni una idea; y luego ese diablo de muchacho que parece su boca una chimenea hechando humo, me está poniendo los dientes de á vara. Y que parece que el picaro lo hace de propio intento. En fin procurarè no mirarle y empiezo.—*Instantánea.*

.
Hace media hora que estoy mirando el título y sigo sin encontrar que decir. ¡Pero señor! ¿es que habré perdido la facultad de pensar?... ¡Habrase visto el demonio del chico! ¿pues no enciende otro cigarro? ¡y de á *cuarenta!* ¡Cá! yo no puedo resistir más... ¡Oye Ramón! vete á la imprenta y vuelve de aquí á un rato. ¡Ah! y procura no fumar aquí dentro... que... me molesta el humo del cigarro...

¡Ajajá! Gracias á Dios que se marchó esa tentación humeante que me tenía nublada la inspiración...

¡Vamos; que no hago nada!

.
Esto me gusta... perfectamente... ¡Por fin! ya acabé la *instantánea.* ¡Demonio! ¡que me abraso!... ¡Pero señor! ¿quién me ha puesto este cigarro entre lós dedos? ¡Y me lo he fumado todo!... Está visto que no puedo escribir una letra sin fumar un cigarro. Y claro está; ahora comprendo la razón que tenía el propietario del periódico, cuando al pedirle mi sueldo del mes pasado, me dijo. «¡Pero hombre de Dios! ¡si se lo ha fumado usted!

Por supuesto, ¡que este cigarro es el último!
¡El último! ¡no hay apelación! Es decir, el último
nó. En cuanto consuma esta cajetilla... Eso es; en
cuanto me fume esta cajetilla... compraré otra
porque está visto que soy un vicioso incorregible.





A TI SOLA

No sé porqué al mirarte
latió mi corazón con tanta prisa.
¿Qué tiene tu mirada?
¿qué tiene tu sonrisa
y qué tiene tu boca seductora,
para que al contemplarte,
de mi ser erigiéndote en señora
me impulsara mi espíritu á adorarte?
¿Qué tiene? no lo sé ni lo pretendo...
aunque quizá lo sepa, porque entiendo
que ese Dios misterioso del destino
une las almas buenas
con cierta cariñosa simpatía,
y borra la negrura de las penas
con la luz del amor que nos envía
¡Han sangrado mis piés tantos abrojos!
¡he sentido en el alma tanto duelo!
que cuando ví tus ojos,
soñé ¡de veras! que miraba el cielo.
Ese cielo de paz y de ventura

en donde el alma plácida reposa,
gozando de la vida que procura,
la sin igual ternura
de la pasión de la soñada hermosa.

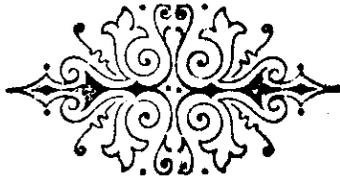
.

Yo la adoré, es verdad; sí, la adoraba,
porque débil creí que ella me amaba.
Me engañé, lo confieso;
pero sólo por eso,
he buscado afanoso noche y día
al verdadero amor con tal porfía,
que á la locura esta ansiedad me impele
buscando sin hallar, desalentado...
¡Ay! si vieras hermosa como duele
no encontrar el amor que se ha soñado!

.

De tus ojos mirando los destellos
á mi pecho volvió la fé perdida,
y viéndolos tan bellos,
quise gozar la luz que anida en ellos,
porque encierra el secreto de la vida.
Ellos borraron mi profundo hastio,
y al ver tu faz de diosa,
de mi alma escapose un jangel mio!
sufocado al nacer, por la sonrisa
que dibujan tus labios seductores,
en los cuales, quebrándose la brisa,
deja besos de amores,
y música y perfumes y colores...
Pienso que he de quererte
porque tu ser entero me enamora:

hay en tus ojos algo que me atrae
con la fuerza imperiosa del destino,
y tienen una luz tan tentadora,
que me parece la naciente aurora,
abriendo á un nuevo amor ancho camino.





Al Club Velocipédico Almeriense

SONETO.

Libre está de curiosos ya la pista
y suena la señal de la campana;
con el pié en el pedal, la vista ufana,
dispónese á partir la grey ciclista.

A todos se adelanta un carrerista
anheloso del premio del que gana,
y obediente á la honrilla que es tirana,
pronto á los de detrás pierde de vista.

Vuelta tras vuelta en su volar no ceja:
lo mismo los alcanza que los deja
otra vez á su espalda facilmente;

hasta que ya en la *meta* descansado,
escucha los aplausos de la gente
que entusiasmada grita—¡lo ha ganado!—





Paloma



(De la leyenda inédita)



«LA CASTELLANA DE COLBERTE»

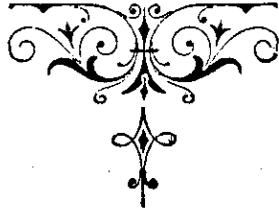
Suelta al viento la negra cabellera,
sobre un potro más blanco que la nieve,
del pedregoso lecho del barranco
la penosa pendiente
recorriendo á galope,
la hermosa castellana de *Colberte*,
sueña con sus amores de tragedia
mientras ligero su corcel asciende.
Bella es como una diosa;
pero en sus ojos negros y lucientes,
algo fulgura que respira odio
y palpitante el corazón la mueve.
Es algo que asomándose á sus lábios
los plega en contracciones de desdenes,
y que ocupando todo su cerebro

en espasmos de rabia la estremecen.

.
— ¡Vuela! ¡vuela! ¡paloma! ¡vuela al monte!
De tu carrera el término, parece
que es término también de mis pesares,
y ansío el tajo aquel en donde muere
despeñada en hirviente catarata
el agua del torrente,
para que en él concluyan, mi desdicha
y este afán de morir que me acomete.
¡Vuela! que más ligero que tu paso
me hirió aquel desengaño para siempre;
y pues muertas dejó mis ilusiones,
tarda á mi alma el encontrar la muerte.
¡No descanses *paloma!* escala el monte;
del abismo cercano el fin atiende;
búscame sepultura
en la furia espumosa del torrente.
Unico afecto que á mi ser quedara,
por haber sido fiel, conmigo muere...
pero no, noble bruto;
recobra tu albedrío, lo mereces:
muera yo que soy víctima del hado
y rabia de vivir mi pecho muerde...
Ya está próximo el tajo, cerca escucho
el estruéndoso hervor que hay en su vientre—
— ¡aquí, *paloma*, tú!... y yó ¡al abismo!
¡perdón al cielo; mi destino es éste!

.
Erizada la crin, en pié, asombrado,
el noble bruto advierte

como, por la ancha boca de la sima
el cuerpo de su dueña desaparece;
y dando un salto horrible,
relincha tristemente,
confundiéndose luego en el abismo,
con la espuma, su piel como la nieve.





A MI PRIMA LUISA.



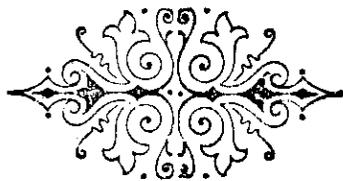
Son tus pestañas,
son tus cabellos,
son los reflejos de tu pupila,
negros muy negros;
como la noche,
como la sombra,
como la endrina.

Y son tus labios
tan diminutos
y los colores de tus mejillas,
rojos muy rojos;
como la aurora,
como la grana,
como la guinda.

Es la epidermis
de fino raso
que vela apenas tu mano breve,
blanca, muy blanca;
como la espuma,

como la escarcha,
como la nieve.

Eres un ángel,
eres un hada,
y eres tan buena, y eres tan *rica*,
que yo te quiero
como á la virgen;
como á mi madre,
como á mi vida.





LA MISA DEL ALBA

La indecisa claridad del día comienza á teñir de púrpura el horizonte y en la alta penumbra de los cielos van apagando su brillo las temblorosas estrellas.

El fresco airecillo de la mañana mueve en suaves y rumorosas ondulaciones las hojas de los árboles que, desprendidas de las ramas, alfombran el suelo.

En el espacio vibran y se extienden con sonoridades de eco, las lentas campanadas de una esquila colocada sobre el tejado de una tosca ermita, edificada sobre la pelada cima de un peñasco.

Blanqueadas con cal cuidadosamente sus paredes; con sus dos diminutas naves anexionadas por ambos lados al cuerpo central, todo limpio, todo reducido, y en aquella altura donde recibe los primeros besos del sol, parece la ermita, una paloma con las alas abiertas, que llama á sus hijuelos para remontarse con ellos al cielo, desde aquel valle lleno de aromas y de vida, donde se asienta el peñasco que la sostiene.

Por la empinada senda que conduce á la en-

trada, alguno que otro campesino con el azadón al hombro, camina perezosamente, siguiendo el compás de aquella campana que le llama incessantemente y que parece decirle, «sube; la religión te llama; sube. .» y el labriego sombrero en mano, luciendo en su cabeza el vistoso pañuelo de yerbas, prosigue en su ascensión sin perder de vista aquella puerta que le brinda á penetrar por ella, y aquella misteriosa semi-oscuridad que él adivina y en donde se aguarda su primera oración.

Ya están dentro los pocos fieles que saludan al alba y oyen su misa; la campana ha cesado en su metálico llamamiento, y cuando después de un rato de silencio, durante el cual, el espíritu se ha elevado á las altas regiones de lo infinito, suena allá dentro el argentino són de la campanilla, que anuncia el solemne momento de la *elevación*, un himno grandioso, compuesto de los trinos de mil aves, sube hasta el cielo, mientras el primer rayo del sol que se eleva majestuosamente por el horizonte, abrillanta las tejas de la ermita con una sorprendente cascada de chispas de oro.





¡Lo juro!

El día que yo muera,
¿llorarás contemplando mi cadáver?
Aquiles de Neròn

Así me has preguntado
bañándome en la luz de tu mirada
y buscando con ella ansiosamente
el fondo de mi alma
—¿Vivirás si yo muero?—y yo te he dicho,
como un loco besándote la cara.
—Si tú mueres, mi cielo, antes que mueras,
la sangre de mis venas, desbordada
anegará tu cuerpo moribundo;
y abrazado á tu cuello como el nácar,
aguardaré tu postrimer suspiro
para darte mi última mirada.





OLAS Y BESOS



A MI ESTIMADO AMIGO CÁRLOS JOYER Y VIDAL,

Dueño del balneario EL RECREO.

Junto á la fresca orilla de la playa,
donde recibe el rumoroso beso
de las olas suaves
que penetran tranquilos en su seno,
se levanta poético y gallardo
el salón del *Recreo*,
como ondina que surge de los mares
á la encantada invocación de un génio.
Las azuladas ondas que acarician
el húmedo esqueleto,
sobre el que se levanta con orgullo
el lindo balneario, van diciendo

al alejarse tristes de aquel sitio
dejando á otras su puesto
—¡Bendito sitio en que al morir, siquiera
tuve el dulce consuelo
de aprisionar amante
en mi líquido seno,
el cuerpo de una hermosa
que se dejaba acariciar riendo!
¡A cuantas, mi traición de enamorada
y mi bullir inquieto,
puso en los rojos lábios de corales
sal que sobraba en ellos,
y escalando su busto, trepadora,
me he posado en su seno,
hállando en él, blancuras que no tiene
este espuma que llevo!
He subido despues sobre sus hombros;
he ceñido su cuello,
la he besado los ojos y la frente,
le he destrenzado el pelo,
y si al chocar mi cuerpo con el suyo,
algun rayo de sol, vino indiscreto
á iluminar esta amorosa lucha,
he visto con orgullo, que su cuerpo
se ha cuajado de chispas de brillantes,
momentáneo tributo que mi anhelo
rinde á mi amor, fugaz cual mi existencia,
pero aunque breve, grande y verdadero.—
Esto dicen, las olas, que inundando
los elegantes cuartos de *El Recreo*,
tras de breve luchar, sobre la arena

espiran, sus rumores dando al viento.
Yo las envidio, sí; ¡dichosas olas
que aunque de corta vida, veis el cielo!

· · · · ·
¿Y quien por disfrutar de tal delicia
no durara brevísimos momentos?





EL Arte

A MI ENTRAÑABLE AMIGO PACO AQUINO

¡Que he de cantar de tí, que no sea viejo
raqúitico homenaje á tu grandeza!
¿Que lira hallar, en cuyas notas vibren
las armonias célicas,
del divino pentágrama en que copias
el himno Universal de tu belleza
como copian las aguas de los lagos
del sol ardiente las doradas hebras?
Te siento aquí en mi alma;
tus resplandores mis pupilas ciegan,
y aunque no puedo verte
por que en desdenes tu rigor me muestras,
sé que doquiér palpitas
y sé que de tu espíritu está llena
la inmensidad de espacio que divide
el cielo de la tierra.

Por tí, de otras edades
vive el aliento aun que las recuerda
y existen las pirámides de Egipto;
del Escorial la mole gigantesca,
y su esbeltez de hierro,
la torre *Eiffel* al viajero muestra.

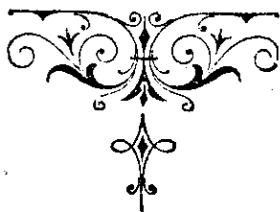
Por tí, la hermosa Alhambra;
la que en lecho de flores se recuesta
y eleva sus calados minarettes
sobre la fértil vega,
que el Darro baña al discurrir tranquilo
por el cáuce que aquella festonea,
en pie sobre la altura
que domina el picacho de la sierra,
orgullosa testigo de que existes
altiva y vencedora se presenta.

Por tí, Zorrilla, el bardo de Granada,
intérprete inmortal de tu belleza,
anegó nuestras almas de poesía
con el arrullo de su lira excelsa.

Por tí, del ancho mundo los espacios,
de armonías se pueblan,
y cada acento que en los aires vibra,
es un himno glorioso á tu existencia.

Así en las verdes olas de los mares,
en las abruptas faldas de la sierra,
en la roja amapola de los campos,
en el canto del ave que gorjea,
en lo intrincado del espeso bosque,
en la luz y en las sombras de la tierra,
en la fiera borrasca que destruye

y en la dulce bonanza que consuela,
en todo lo que alienta, en todo vives,
por que eres ARTE, como el sol, que lleva
su luz de oro, hasta el negruzco fango
que se agita en el fondo de la ciénaga.





Los crepúsculos

A MIS PADRES

Obscurece. La lluvia que durante el día no ha cesado un momento, ha convertido la calle en una inmensa charca donde se hunden en lodo hasta el tobillo los transeuntes. A través de los cristales del balcón casi empañados por las gotas de agua, veo la calle desierta, y en el cielo, negruzcas nubes que, arrastradas por el viento, se amontonan en un punto determinado, aminorando por momentos las últimas claridades del día.

Es la hora de la melancolía, de los pensamientos tristes y de los recuerdos amargos.

Agobiado por el peso aplastante de la nostalgia inesplicable del crepúsculo; acongojado el corazón por no sé que extraño sentimiento sin fundamento racional, miro sin mirar, con la vaguedad del extático, como se plegan y cruzan y giran las inconstantes nubes, hasta dejar negro completamente el fondo del espacio, cual si una mano gigantesca se hubiera entretenido en pintar á brochazos aquellos claros, por donde un gi-

ron de nube, dejaba asomar la agonizante luz de la tarde.

De esta contemplación muda y sombría, vino á sacarme el canto dulcísimo y sentimental de una *malagueña*, entonada en la calle, al pié mismo del balcón en donde estaba. Miro; una muchacha mal vestida y descalza, metidos los piés en el sucio charcal del arroyo, con la cabeza levantada y fija la vista en mi balcón, canta copla tras copla extendiéndolo la mano en cada descanso con ademán humilde, sin cuidarse para nada del agua que comienza á caer nuevamente y que empapa sus pobres vestiduras

Aquel cantar dulce y quejumbroso en medio del silencio de aquella tarde triste y desapacible, indentificándose con el estado de mi espíritu, llevó á mi alma una frescura consoladora, haciéndome volver á la realidad de las cosas.

Fijé mi atención en la cantante callejera y sin acordarme de aquella manecita descarnada y humilde que aguardaba la ganada limosna, lancé la imaginación por el camino de las reflexiones comparativas, estableciendo analogías y contactos entre el crepúsculo de la tarde que así impresionó mi ánimo, y ese otro crepúsculo de la vida que se llama miseria, más triste aún que el otro, por que ni siquiera abriga la esperanza de las sonrisas del nuevo sol.





Cantares.

Si oyes decir un día
que no te adoro...
pregunta por mi celda
del Manicomio.

El médico ha dicho
que ya no me salvo;
el no sabe y por eso lo dice,
que tu me has mirado.

Por que eres morena
no debes quejarte.
Yo la he visto, y tambien es morena
la Virgen del Cármen.

Yo quiero serrana
dejar esta vida;
que te he oido decir á otro hombre
que no me querías.

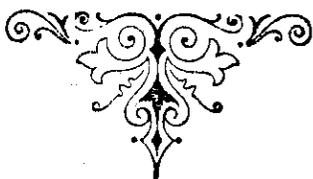
Déjame serrana,
déjame que cante,

que cantando, las penas que siento
sé vuelven más grandes.

—
Me has dicho mil veces
que es mio tu cariño;
¡tantas cosas perdí que eran mias,
que ya no me fio!

—
A todo me avengo
con tal que lo mandes.
Solamente no quiero que quieras
dejar de mirarme.

—
¡Cuidado que cosas
se sueñan á veces!
¿Creerás que he soñado esta noche
que ya no me quieres?





MISA CULPA

¡Ven amor mio! ven á que yo guste
las dulces mieles de tus rojos labios;
¡ven á que yo me duerma
en la amorosa cuna de tus brazos!

¡No más á mi cerebro
vuelvan del mundo los rumores vanos!
No de la vida los ficticios goces
vengan á importunarme en mi descanso.
Yo, no soy yó; mi espíritu,
por un amor del alma idealizado,
elévase del mundo sobre el lodo,
dejándose aquí abajo,
las miserias que engendra
el hastío brutal de lo pasado.
Yo he sido el incansable peregrino
que por borrar las huellas del pecado,
con el peso espantoso de su culpa
cruza el desierto árido,
escala el monte, sube á la colina,
baja despues al llano,
y andando sin cesar, con planta errante,

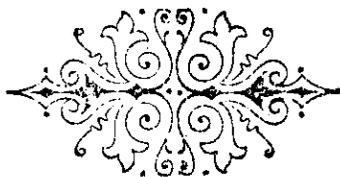
ansiosa la mirada y torpe el paso,
nunca el término vé de su camino
donde el perdón ansiado,
como fresco rocío de los cielos
ha de anegar su alma en el descanso.
Yo fuí la golondrina,
que huyendo de los campos africanos,
volvió á España, á ocupar su antiguo nido
que dejó en el alero del tejado.
Yo he sido en fin, el pária del destierro;
el que perdió la fé, cuando del páramo
de la enojosa vida,
cruzó la senda que el destino amargo
le coronó de abrojos,
y que vuelto á la pátria por encanto
de ese mismo destino que le empuja,
recobró de su dicha el fruto plácido.
¡No más sufrir, no más, que ya es bastante
y he ganado el reposo que reclamo.

Por eso, cuando al verte tan hermosa,
el tesoro olvidado
de aquel afecto que nació en la cuna
volvió á mi ser con su divino encanto,
el cielo ví de mi futura dicha;
me acogí à tu cariño, como el náufrago
que en las revueltas olas
el salvador madero coje al cabo,
y soñando en el bien que me ofrecía
tu virtud sin igual, que hoy es mi faro,
¡lejos!—grité á mis penas;
¡lejos de mí, vuestro poder nefasto!

En este corazón ya no hay albergue
para vosotras; ¡lejos de mi lado!

.....
Cansado de sufrir, junto á tí vuelvo.
Mea culpa, mi bien; sé mi descanso.

.....
¡Ven á mi lado, ven, á que yo guste
las dulces mieles de tus rojos labios!
¡ven á que yo me duerma
en la amorosa cuna de tus brazos!





Epígrama



—Con palma muero—con calma
me dijo Rita Medranos;
y hoy que entregó á Dios su alma,
sé, que por no llevar palma,
ni lleva las de las manos.





Todos hermanos ⁽¹⁾

De la hermosa ciudad de los amores
y los floridos cármenes, vinieron.
De allí donde los hadas
con sus pupilas de color de cielo,
tejiéndolos en piedra, los *encajes*
de la Alhambra pusieron.
De allí donde las flores, sus perfumes
extienden por los patios arabescos;
de allí donde ha nacido la poesía,
de allí donde los limpios arroyuelos
van repitiendo entre murmurios dulces
de misterioso acento,
mil suspiros y quejas, que en sus linfas
lleva á morir el eco,
y recuerdos de amores, que se pierden
en la noche borrosa de los tiempos.

(1) Poesía leída en el "lunch,, ofrecido por los estudiantes almerienses á sus compañeros de Granada, durante su permanencia en esta, en Marzo del 97, con objeto de postular en favor de los heridos de la guerra de Cuba.

De la hermosa sultana; de Granada,
vienen los estudiantes de *Derecho*,
á ejercitar la caridad bendita
que es la virtud mas alta de los pueblos.
Aquí hallaron hermanos: Almería
abrió sus brazos con amor inmenso,
y les dió su limosna y su cariño;
y al estrechar la *estudiantina* en ellos,
jurar puede que abraza á su Granada;
á su hermana del alma que es su sueño;
la que grande, aminora el infortunio
de los soldados nuestros.
¡Como no te han de amar Granada hermosa
y como no adorarte loco y ciego,
si eres un hada que surgió del Darro
al estallar un beso,
que dió tu padre el Dios de los vergeles,
á tu madre la risa de los cielos!





TEMPESTADES

Rasga el cielo un relampago; su fuego,
llena el espacio de azulosas llamas,
y á su luz, por la bóveda negruzca,
se vé correr la tempestad que estalla.

Asi cuando el cristal de tu pupila
se rasga al resplandor de tu mirada,
aparecen chocándose en el fondo
las sordas tempestades de tu alma.





Recuerdo de una Piñata.

A MANUEL DEL PINO

I.

¡Que bien me encuentro aquí! ¡como se ensancha
el corazón y como me divierto!
¡Que lujo de disfraces y de luces!
¡cuánto rostro de cielo!
Hice bien en entrar en este sitio;
al diablo las penas y gocemos;
¡maldición! ¡ella aquí...! ¡ah! que no es ella;
¡se le parece tanto! hasta en el pelo
negro como sus ojos; me miraba
con tal tenacidad, que tuve miedo...
¡maldito corazón!, ¿pues no me salta
hasta causarme daño aquí en el pecho?
¿Es que te turba aún esa mirada?...
...¡y yo que ya creí tenerte seco!
escóndete con tu dolor y calla,
enciérrate con tu pesar ahí dentro,
yo he venido á este baile á divertirme
y no á desenterrar tristes recuerdos;
¡que se parece á ella! ¿y qué te importa?

mejor así á la prueba te someto.
¡A bailar! ¡á reir! ¡afuera sombras!...
Voy á buscar pareja; ya la tengo.
Aquel *pierrot* tan lindo y bullicioso
de dorado cabello
que no cesa un momento de dar broma
ni de reir á costa de los necios:
Un carácter así me era preciso;
delirante alegría, risas, besos,
ya estoy harto de lágrimas y penas,
tengo horror al silencio,
pues en él me parece, que al oído
me están tocando sin cesár á muerto

Aquí viene mi rubia; ¡y que es hermosa!
¡vaya un *pierrot* alegre y con salero;
no me gustan las rubias, pero de esta,
que he de llegar á enamorar me creo...
¡Eh! mascarita hermosa, no te escapas;
eres mi prisionera desde luego
y te llevo á cenar aunque no quieras
pierrot encantador y bullanguero;...
—¿Que te hé sido simpático? ¿qué aceptas?
¡si ya decía yó, que eras un cielo!
Vamos al *restaurant*... ¿un rinconcito?
nos servirá de nido y lo aprovecho.

II.

¡Triste yó! ¿que estoy triste? tu te engañas;
¡es así me carácter, algo sério!
¡Tristeza! es imposible; si á tu lado

tener no puede la tristeza hueco...

¿Qué hablo con amargura? ilusión tuya,
amargura, ¿porqué, si no la siento?

si soy feliz, feliz completamente,
porque en tus ojos del azul del cielo,
hay un mundo de dichas escondido
que centellea con fulgor de besos,
y tengo sed ardiente de robártelos
y refrescar así mis lábios secos...

¿Qué me encanta esa máscara morena?

¿qué la miro á los ojos con anhelo,
y que me pongo pálido al mirarla
y que vacilo y tiemblo?

¿No te digo que nó, que tú deliras?...

solo te miro á tí, ¿no lo estás viendo?

¿que he suspirado fuerte? eso está claro,
es de la dicha que á tu lado siento.

.....
¿Envidia yó? ¡mentira! ¿que me abraso?
al contrario estoy frío, no estás viendo?

III.

¿A bailar? enseguida, ¡más! ¡más vueltas!
que nunca acabe el torbellino ciego;

¿te mareas? no puedo sujetarme,

el vals me arrastra y á parar no acierto
este afán de arrollar que me acomete...

¡Sigue! ¡no seas cobarde! ¡otro momento!

¡bravo! ¿no te entusiasma esta carrera

entre torrentes de armoniosos ecos,

entre luces y locas carcajadas

mezcladas con alhagos y con besos?...
¡Sígueme! no decaigas; yo ya estoy
galvanizado por tus ojos bellos;
ahogado voy, pero cesar no debes;
sujétate á mi brazo, yo te llevo,
que más te amo cuanto mas me ahogo
y más te adoro cuanto más te estrecho.

IV.

¿Vino dices? ¿que vas á emborracharte?
¿que también sufres tú? mira; te creo;
¿que tienes muchas penas? ¡pobrecita!
¿ves tú? pues ya te quiero.

¡Si vieras! yo también sufro muchísimo...
¿que por qué lo negaba? no me acuerdo...
¿que te lo diga? ¡bah! son niñerías,
¿qué pueden importarte mis secretos?...

.....
¡Que querías á un hombre!...

¿y ese hombre jamás llegó á saberlo?...

¡Seis años! ¡desgraciada! ¡que suplicio!...

¿Y por qué has de llorar? ¡bebe! brindemos
por la desgracia que nos une; ¡bravo!

¡otra copa! ¡que vino tan selecto!

¡bebe más! ¿yó? también... pero no rías,
me dá pena tu risa... No, no es eso;...

No seas loca mujer, vas á morirte;
abrigate ese pecho...

¿Que no te importa? ¿que morirte quieres?

¿que sientes un calor como de infierno?

pues ya no bebes más; ¡cómo! ¿cobarde?...

vas á saber lo que yo soy bebiendo...
—¡Cuatro botellas mozo!—¡qué! ¿te asustas?
¿ahora tú tienes miedo?...
¿no querías morirte?... pues ahí tienes,
yo tambien lo deseo...
Abrázate á mi cuello y no sollozes...
Así, dame otro beso;
¿ves como yo también estoy llorando?...
¿Más vino? si, es verdad; la pena ahoguemos.
¡toma, bebel!... ¿que sabe el vino á lágrimas?
claro; bebiendo lloras y cae dentro;
pero no importa, bebe: ¿estás borracha?
pues mira tú, me alegro;
yo tambien siento así como un martillo
que me está golpeando en el cerebro...
Pero ¿qué es eso? ¡sangre!.. ¿escupes sangre?
...¿que yo no tema?... no... si yo no temo;
¿A tu casa? ¡enseguida!
apóyate en mi brazo, yo te llevo.

V.

¡Desdichada! descansa pobre angel
que yo á tu lado velaré tu sueño.

.....
Esa maldita tós y ese ronquido
ponen en conmoción todos mis nervios...
¡y qué pálida está!... ¿si irá á morirse?
¡aunque le haría un gran favor el cielo!...
¡Ya abrió los ojos! ¿Qué? ¿que tienes frío?
¿que te ponga más ropa? ya lo creo:..
No, si no es de la fiebre, pobrecita;
es que está amaneciendo

y ha nevado esta noche ¿no te acuerdas?
¿Que me aproxime más? ¿que te dé un beso?
uno y mil que tú quieras; pero duermee...
No hija mía; si yo no me molesto:
¿Bueno?... no te lo creas, igual que todos;
materia que contiene sangre y nervios:

.....
Y yo tambien á tí, te quiero mucho;
me ha cautivado al fin tu sufrimiento ..

.....
¿Esta flor? sí, la tomo ¿por si mueres?
¡vamos tonta! no pienses ahora en eso;
¿ves? te esfuerzas hablando y toses mucho,
con una tos que te lastima el pecho,
y luego arrojas sangre ¿ves la sangre?...
te lo estaba diciendo...

VI.

Has dormido muy bien, ¿quien, yo? lo mismo;
sentado aquí á tus piès junto á tu lecho...
¿muy ojeroso dices y muy pálido?...
yo siempre tuve este color de enfermo.
¿Que cuanto habré sufrido? ¡bah! no mucho,
por qué recuerdas eso?

VII.

¡Mis pulmones se ahogan; quiero aire!
Aire que ensanche el oprimido pecho,
y sol que ahuyente con su luz de oro
los fantasmas que pueblan mi cerebro.
Sol que lleve alegrías á mi alma,
porque he sentido mucho en poco tiempo.

¡Aquella pobre niña! ¡desgraciada!
¡qué tormento tan grande su tormento!
¡que borrachera de dolor la suya,
por olvidar negruras de recuerdos!
¡que alegrías tan *tristes*
las que brotaban de sus lábios secos!
¡que indigestión de lágrimas,
y que besos de fiebre aquellos besos!
Me parece que salgo de una tumba
donde he tenido un espantoso ensueño.
¡Que hermoso es ahora el sol, como me encanta
sentirme acariciado por sus besos!
¡Oh! ¡la vida! ¡la luz! ¡el infinito!
¡que sublime y que grande es todo esto!
¡Vamos! ¡dejadme en paz, hondas tristezas!
hoy no quiero llorar: ¿no lo estáis viendo
que quiero divertirme y olvidaros?,...

.....
Allí viene un amigo; otro *bohemio*...

.....
¿Un vaso de aguardiente? ¡cuantos quieras!
he de beberme diez, te lo prometo.
¿Qué deseas olvidar? ¿también tú sufres?
¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! que divertido es esto...
¡Chico! ¡viva el placer y el aguardiente!
¡a reir y a gozar! ¡emborrachémonos!

.....
Madrid Marzo 93.





LA PRIMERA ROSA

No era Matilde un bocado despreciable ni mucho menos.

Al contrario: su cutis de un moreno claro, terso y fino como el raso: sus ojazos negros brillantes siempre y siempre tentadores, su boca pequeña de lábios como la grana y sus dientes menudos apretados y blancos como la nieve, hacían de la muchacha el tipo más perfecto de la morena de Andalucía, con toda su gracia y toda su provocativa voluptuosidad.

Allí encerrada en aquel cuchibitрил del piso 4.º sin otro amigo que el jilguerillo inquieto y escandaloso que trinaba sin descanso mientras hacía gimnasia en los alambres de su jaula, ni otras compañeras, que dos macetas artificialmente sostenidas al aire, por medio de unas cuerdas sujetas al marco de la estrecha ventana, Matilde cosía y cantaba y á veces cosía solo, dejando cantar por ella el bullicioso jilguero, que ensayaba una y otra vez sus originales fermatas de trinos.

Mas de una vez los hermosos ojazos de la muchacha, preñados de lágrimas, se levantaban de la costura, para posarse en una de las mace-

tas, donde crecía un diminuto rosal que ostentaba un capullo, diminuto también, y próximo á abrirse, según se desprendía de algunas ligerísimas hebras blancas que se destacaban del verde oscuro de la envoltura.

Aquella tarde, la tarde de mi cuento, Matilde miraba más y más á la *nonnata* rosa, y cada vez eran más copiosas sus lágrimas.

La portera de la casa me contó la historia.

La hermosa muchacha huérfana y sola, puso todo su amor en Miguel, honrado hijo del trabajo á quien la suerte llevó á ser soldado, y la suerte también, siempre adversa para los buenos, le llevó á Cuba, á pelear contra los enemigos de España.

Ya estaban próximos á casarse cuando vino esta desgracia.

—No llores vida mía—decía el confiado obrero, á su amante, bebiéndose las lágrimas de sus ojos;—yo volveré y volveré pronto.

¿Ves ese rosal que hemos comprado esta mañana y que tú has plantado en una maceta?

Pues bien; ese rosal jóven aun y que no dará fruto en mucho tiempo, echará su primera rosa dentro de dos años y para esa fecha ya estaré yo á tu lado, á tiempo de prenderla á tus cabellos el día de nuestros deposorios—Y sin decir más, se arrancó de sus brazos y huyó por la escalera con la muerte en el alma y sin atreverse á volver la cara

Por eso lloraba un día y otro día la hermosa Matilde.

Ya había pasado aquel plazo, y el rosal había dado su primer capullo. Uno solo; como si la promesa de Miguel hubiera sido una invocación al genio de las flores. Por eso los ojos de la infeliz muchacha, con un quietismo que espantaba, se pasaban horas y más horas contemplando los progresos de aquella rosa que debió ser su felicidad, pero que ella veía convertida en una triste desilusión á juzgar por el silencio de Miguel, que no escribía ya hacía dos correos.

Por fin un día, la rosa se abrió y sus pétalos blancos como la nieve se estendieron hasta cubrir la envoltura verde, causa de las miradas de la pobre costurera.

Aquel fué un día de duelo para Matilde.

Inclinada sobre la maceta, besando con el cariño de una madre aquella flor bendita de quien ella lo esperaba todo, se pasó la mañana llorando y riendo como una loca.

—Vendrá—se decía—El corazón me dice que vendrá.

En cada una de estas hojas veo una promesa suya de amor y en el fondo sus ojos que me miran ansiosos y que me dicen—¡aguarda! ¡no la separes de su tallo! yo mismo iré á cortarla para adornarte.—Y una vez y otra vez, rozaba con las puntas de sus labios ya secos, para no marchitarla, los nevados pétalos de la mimada flor.

En el centro de la modesta sala donde tantas veces se escucharon sus trinos, alegres como los

del jilguero que ya no existe, sobre un ataud blanco, yace la pobre Matilde, pálida como la cera y amortajada con un sencillo traje de percalina del mismo color del ataud.

Entre sus cabellos negros como la endrina, se destaca á manera de copo de espuma, la rosa blanca, única que dió el diminuto rosal que ella regó con sus lágrimas.

Inclinado sobre la caja sollozando sordamente y contemplando á la muerta con la ansiedad de un loco, se halla un soldado de rostro amarillento, á quien falta una pierna.

Aquel es Miguel, que no llegó á tiempo de evitar que el dolor de la ausencia matara á su amante, y si llegó á tiempo conforme á su promesa, de adornar con la primera rosa de aquel rosal, testigo mudo de su cariño, los negros cabellos de la que acababa de desposarse con la muerte.





Recibo

Producto de un contrato, que firmaron
de balcón á balcón nuestras miradas
y sellaron tus labios de granate,
es esta rosa blanca,
que obscureció de envidia
por tu mano de nieve al sér cortada.

Sirvan estos renglones
de recibo á tu flor, deudora ingrata:
tú dame muchas flores;
flores como tú quieras, rojas, blancas,
todas me hacen sentir, á todas amo
y todas á **mi** espíritu le hablan:
que para mi, las flores **significan**,
el lenguaje sublime de las almas.





A MODO DE EPÍLOGO

TAMBIEN A RESEO

Si has tenido la paciencia de leer hasta el final este tomo, comprenderás ahora, con cuanta razón me negaba yo esa suficiencia que tu me atribuías.

Ya sé que tu aprecio querría para mí, el génio de Campoamor y la inspiración de Zorrilla; pero esas dotes están negadas á mi pobre cerebro, obligado no obstante á producir diariamente lo que cuesta la prosáica puchera.

—¡Que bella es la poesia!—te he oido decir muchas veces que hemos charlado de arte. Bella sí, muy bella, para tí, niño mimado de la fortuna á quien todo sonrie.

Bella para tí, que, tras de breve luchar con imaginarios azares, has saltado desde el borde de la tumba, al paraiso de la existencia, donde mimado por el infinito amor de la que eligió tu cariño, rodeado de los mil solícitos cuidados que te prodiga tu buena madre (esa santa mujer para la que solo oigo bendiciones por todas partes y á la que la caridad ha levantado una estátua en el

corazón de los pobres,) disfrutas de ese deleite vedado á los que, como yo, tienen que rechazar mil veces al día, el asalto de la adversidad que los acecha.

Tu, para quien la vida no tiene ni pesares ni miserias, solo entiendes cuan bella es la poesia, sentida en la paz del alma y vislumbrada á traves del cielo color de rosa que sirve de fondo á la felicidad.

Para los que tras de la brecha, en el rudo combate por la existencia ni les es dado soñar con la victoria, ni abrigan la esperanza de una tregua, hay solo una poesia, que no son las ideas rimadas y sujetas á metro.

Es la poesia del descanso en el hogar tranquilo; ese nido de nuestros amores que Dios santifica, prestándole la belleza de la más encantadora de las poesias; la poesia de los cielos.

J. DE A. F.





Indice.

	<u>PAGINA</u>
Dedicatoria.	I
Introito, prefacio, disculpa etc.	3
Pequeñas.	5
Tres ruegos.	11
Oriental.	13
A la Sra. D. ^a Ana J. Soler de Soler.	15
La Virgen de las Huertas.	16
¡De Cuba!.	19
¡Al tren... señores!...	23
A Ramón Blasco.	25
A Fermín Gil.	29
¡Siempre igual!	33
El cigarro (<i>monólogo</i>).	35
A tí sola.	39
Al Club velocipédico Almeriense.	43
Paloma.	45
A mi prima Luisa.	49
La misa del alba.	51
¡Lo juro!.	53

Olas y besos.	55
El Arte.	59
Los crepúsculos.	63
Cantares.	65
«Mea culpa».	67
Epígrama.	71
Todos hermanos.	73
Tempestades.	75
Recuerdo de una Piñata.	77
La primera rosa.	85
Recibo.	89
A modo de epílogo.	91



Antonio